

«Hay que morirse rápido y cerca de casa»

Alejandro Nieto

Ensayista

► El jurista y exdirector del CSIC emula a Ramón y Cajal y publica su visión sobre el mundo y la vida a los noventa años

BRUNO PARDO PORTO
MADRID

Alejandro Nieto gasta un humor seco como un verano en Castilla. Más que reír, parece que disfruta de escuchar la risa, el efecto de su ingenio. Maneja frases robustas y contundentes, verdades sencillas y pequeñas, de las que caben en la palma de la mano. A estas alturas, dice, solo puede ser escéptico y algo estoico. En otra vida fue abogado, maestro heterodoxo, catedrático de Derecho Administrativo, presidente del CSIC, premio Nacional de Ensayo y muchas cosas más. Ahora es un nonagenario militante, además de académico: tiene el cuerpo gastado y la mirada lúcida, aunque acaba de llegar del oculista, porque hace meses que no puede leer. Su último libro se llama 'El mundo visto a los 90 años' (Comares) y es una suerte de ensayo sobre todo y sobre nada. Es decir: sobre la vida.

—¿Cómo nació este libro?

—Hay un libro casi homónimo de Ramón y Cajal que es a los ochenta años ['El mundo visto a los ochenta años']. La idea me vino releyéndolo. Dije: hombre, puesto que yo he vivido diez años más voy a aprovechar. Porque diez años a estas alturas son muchos años. Entre los cuarenta y los cincuenta poca diferencia hay, pero entre los ochenta y los noventa se nota mucho. Físicamente, porque el deterioro es tremendo, y luego por el mundo, que cambia muy rápido. Aunque en este libro no quería contar el mundo. Solo he pretendido escribir lo que veo y siento.

—Yo pensaba que los años iban durando cada vez menos, por eso de la repetición. Pero veo que es al revés.

—Sí, es al revés. Yo creo que el espíritu compensa con mayor agudeza la mayor torpeza de los sentidos. Se ve, se oye y se toca mucho menos a estas edades, pero el espíritu encerrado en sí mismo reacciona y espabila. Y ve cosas que antes no se veían.

—¿Lo que le quita el cuerpo lo suple el espíritu?

—Yo creo que sí, que hay ahí una compensación, de la misma manera que los ciegos compensan la pérdida de la vista con una mayor sensibilidad de los demás sentidos. Yo veo cosas hoy que antes ni remotamente veía.

—¿Por ejemplo?

—Una cosa muy importante es la desconfianza, el pesimismo, la falta de fe en las personas y en las cosas. Los nonagenarios nos hacemos tremendamente desconfiados. Hemos visto tantas cosas, tantas vueltas que dan las personas, que no nos fiamos de nadie. Como profesor yo siempre he tenido un núcleo muy fuerte de alumnos revolucionarios que se comían el mundo a 'bocaos', y han terminado de ministros. Y desde luego su evolución es de izquierda a derecha.

—Vaya.

—Diez años después de ser alumnos estos estudiantes revolucionarios seguían en el PCE y podían ser líderes del PCE. Pero es que ahora no es que sean líderes socialistas, es que son líderes de derechas.

—¿La edad le empuja al escepticismo?

—A un escepticismo muy intenso. Es que el que ha visto lo que ha visto a lo largo de 90 años, ¿cómo no va a ser escéptico?

—A los 90 años, escribe, el vicio ya no existe. Y el consumismo no le atrae. Y ya no se enfada. ¿La edad le ha vuelto estoico, también?

—También, sí. El escepticismo me vuelve estoico. Por ejemplo, los premios, que por supuesto están dados de antemano. Pues el otro día me ofrecieron uno. Y yo pregunté: ¿está retribuido? Y me dijeron: no, es honorífico. Y no lo acepté, claro. Estando retribuido, como el dinero me viene muy bien para mis



Nostalgia

«Los recuerdos malos se olvidan, por fortuna, pero es peligroso, porque uno se puede hundir en los recuerdos»

Campo

«Hay que pisar el campo. Y que te duelan los pies. Y que al soplar el viento en invierno se te pongan las narices coloradas»

nietos, lo acepto. Pero un honor más, ¿para qué quiere un nonagenario un honor más? Que se lo den a un joven, que le hace ilusión. En ese sentido se me podría considerar estoico.

—¿Sigue escribiendo con frecuencia?

—Hasta hace muy poco sí, pero ahora, con mis carencias visuales, ni leo ni escribo. Y por primera vez en mi vida me doy cuenta de que se puede vivir sin escribir. Para un 'lletraferit', que dicen los catalanes, era inimaginable. Yo aprendí desde mozalbeta la consigna romana de 'nulle die sine linea': ningún día sin haber escrito algo, porque ese es el modo de escribir un libro. Escribiendo una página al día, en un año tienes un libro de 365 páginas... Pues a mi pesar he descubierto que se puede vivir sin escribir. Y las ideas que se puedan seguir brotando de mi cabeza pues no las cuento y no pasa nada. Ya he escrito demasiado. Hay mucha gente que escribe demasiado.

—¿Cómo ha cambiado su rutina ahora que no escribe?

—Ahora me he convertido, vive Dios, en un nonagenario, porque la mayor parte del día la gasto sentado o paseando despacito y viendo los árboles en el parque o en el campo.

—«Dichoso aquel que al llegar la jubilación puede volver a la tierra», escribe. ¿Qué le dice a usted la naturaleza?

—Yo nací y he vivido muchos años en el campo. No en un pueblo. En un campo: en una casa cuyo pueblo más cercano estaba a diez kilómetros. ¡Diez kilómetros sin coche! Que había que ir en burro, caballo, carro o a pie. Conocía todos los árboles, todas las piedras... Claro, eso me da una sensación de contigüidad, de proximidad y de intimidad con el campo. Aunque algunos consideran el campo como un destierro.

—Pero para usted es un lujo.

—Yo con coger un sendero tengo bastante. No una calle ni una carretera, no, un sendero campo a través... Es que yo conozco las noches. El ciudadano no sabe lo que es el cielo, porque hay una contaminación luminica enorme. Si es que uno que vive en una ciudad no sabe si es por la mañana o por la noche. No sabe que el sol y la luz cambian cada cuarto de hora. Que el cielo es distinto cada cuarto de hora. Que las nubes cambian a cada poco.

—¿Qué nos perdemos?

—El ciudadano normal no sabe lo que es la naturaleza. Se cree que la naturaleza es un trozo verde que hay alrededor de la terraza del restaurante donde él está comiendo. Y no. Hay que pisar el campo. Y que te duelan los pies. Y que en invierno haga frío y que cuando sopla el viento se te pongan las narices coloradas. Y que cuando haga calor te achicharres. Y que cuando haga frío lle-



Alejandro Nieto, retratado en un páramo castellano // MARTÍN NIETO

gues a casa y te esponjes calentándote. O que apresures el paso cuando veas un árbol para ponerte a la sombra en verano. Todo esto se lo pierden los ciudadanos. No saben nada de esto. Y son el 90 por ciento de la población.

—Le cito: «He estado a gusto en todas partes, pero me siento de una parroquia desconocida de Castilla la Vieja: los Valles del Cerrato».

—A los treinta y los cuarenta años qué emoción era conocer Turquía, conocer Marruecos, conocer Bolivia. Y a los 90 años digo: como mi pueblo nada [y se ríe]. Y yo me precio de haber pisado el globo a pie. Porque si recorres lo que recorras en auto o avión no te enteras absolutamente de nada. Ves los paisajes más espectaculares, pero si te han llevado a ellos no te enteras. Si quieres saber lo que es una montaña tienes que subir. Y llegar con la lengua fuera. Y entonces dices, «esto es una montaña»: pasar frío, calor, cansancio y que te duelan los pies.

—Ahora se dice eso de que el mundo es muy pequeño, pero eso es porque la gente no camina.

—El mundo es muy grande, pero Dios mio... Es que ya las agencias de viajes



te llevan a un sitio y te indican donde tienes que hacerte la fotografía.

—A los 90 años, con más vida por detrás que por delante, ¿cómo se relaciona uno con sus recuerdos?

—Los recuerdos malos se olvidan, por fortuna, pero es peligroso, porque uno se puede hundir en los recuerdos. Hay que hacer un esfuerzo por salir de los recuerdos.

—¿La nostalgia es peligrosa?

—Es dulcísima si consigues que no te domine. Porque si te domina terminas fuera del mundo. Yo de hecho no vivo en el siglo XXI, ni en el XX, vivo más en el XIX. Pero en el XXI tengo todavía muchísimas cosas que no quiero abandonar. Quiero tener los pies en la tierra. Además, las batallitas del abuelito son el terror de los nietos.

—Habla en el libro de la responsabilidad de vivir. ¿De dónde nace esa responsabilidad?

—Pues no lo sé. Todos tenemos deberes y responsabilidades que nos imponemos a nosotros mismos. Y ese es uno de los escasos motivos que le impulsan a uno a seguir viviendo. Sé que me expreso en términos imprecisos, pero es que no lo tengo claro. No puedo dar más explicaciones. Sería demasiado fácil la vida si tuviera una respuesta para esto.

Ni siquiera a los 90 años la tengo. A los cien a lo mejor lo descubro [y vuelve a reír].

—Le vuelvo a citar: «El ser es el resultado de un compromiso entre el querer-ser y el poder-ser».

—Los que se creen que todo lo pueden se quedan a mitad de camino. Hay que negociar. Es el refrán castellano: hay que estirar los pies hasta donde llegue la manta, no más... Tengo que dormir encogido porque la manta no me llega.

—¿Mejoraría esta sociedad si escuchara a sus mayores?

—No creo. Los nonagenarios tenemos una cierta sabiduría, pero también una cierta torpeza y necedad... Los nonagenarios nos volvemos silenciosos porque notamos que en una conversación con jóvenes, entendiendo por jóvenes a los de sesenta años, que dicen cosas que no forman parte de nuestro mundo. Y no nos escuchan. Y como no nos escuchan pues nos callamos, porque tampoco nos interesa persuadirlos.

—¿Se siente excluido por la tecnología?

—Uh, totalmente desplazado. O me hacen las cosas mis hijos, que es la solución que he adoptado, o si estoy solo tengo que dirigirme al que está detrás en la cola.

—¿Es injusto?

—Injusto para unos y justo para otros. Hay una injusticia que dice que los que estorbamos somos los viejos. Somos demasiado caros, y la sociedad se quedaría muy a gusto si a partir de los setenta años desapareciéramos. El resto viviría mucho mejor. No habría problemas de pensiones. ¿Qué hacemos a partir de los setenta años, además de estorbar y gastar dinero? Sería justo [y ríe].



Escepticismo

«La edad me vuelve escéptico. He tenido alumnos revolucionarios que han terminado de ministros»

Motivación

«No vivo en el siglo XXI, ni en el XX, vivo más en el XIX. Pero en el XXI tengo muchísimas cosas que no quiero abandonar»

—Y da miedo.

—No, yo tengo una solución.

—¿Cuál?

—Que a partir de los setenta años se suprima la asistencia médica. Si a los setenta años suprimes la asistencia médica en cinco años está todo solucionado. Pero con una disposición final: que no tenga efecto retroactivo [se queda en silencio, escuchando la risa].

—En el libro no habla del miedo a la muerte. ¿No siente miedo?

—Es que sabemos que nos vamos a morir desde niños. Claro, ahora que lo veo cerca no es lo mismo, pero no tengo miedo. Lo que asusta es la premuerte. A mí no me asusta es ver pasar a los que tienen mi edad en silla de ruedas o con la cabeza ida. Pensar en que ahora salgo de aquí, tropiezo y me rompo siete huesos. O que se me va la cabeza. Y que así voy a estar a saber qué años. Eso es lo que de veras da miedo. Todos deseamos la muerte súbita. Una buena muerte es súbita o con una semana.

—Y cerca del campo.

—Sí, y cerca del campo. Morir como dicen que hacen los elefantes, donde nacieron. A saber si es verdad lo de los elefantes. Hay que morir rápido y cerca de casa.